

La veneración a la Madre de Dios

*Padre Lif Gillie**

Si observamos bien la Biblia, percibiremos cómo privilegia a la Virgen María con un lugar distinguido entre las criaturas; pues el ángel Gabriel la saluda: «Alégrate, oh llena de Gracia, el Señor está contigo.»¹ Ella ha tenido un lugar único en el Plan salvífico preparado por el Creador; dijo Elizabeth a la Virgen: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno», y al decírselo, quedó llena del Espíritu Santo.² Todo cristiano atento a la Biblia confiesa que estas palabras, las del ángel Gabriel y de Elizabet, son una verdad inspirada por Dios. Pero lo cierto es que dichas palabras forman la mayor parte de la alabanza a la Virgen en la Iglesia Ortodoxa; entonces, ¿cómo justificar que los *evangélicos* –con el sentido restringido de la palabra, es decir, los protestantes– se contradigan y

* El Padre Lif Gillie (1892-1980) era un francés de origen católico latino que se convirtió a la Iglesia ortodoxa en 1928. Escribió muchos libros de espiritualidad que fueron traducidos a varios idiomas y circularon ampliamente en diferentes ámbitos cristianos. Este artículo es de una conferencia que presentó en un congreso bíblico en Inglaterra en el año de 1948.

La veneración a la Madre de Dios

se opongán a que nos dirijamos a la Virgen María con las mismas palabras que había escuchado cuando estaba aún en la tierra, de la boca del Ángel y de una mujer «llena del Espíritu Santo»? ¿Acaso objetan a que usemos estas palabras tal como aparecen en el Evangelio? Y si lo hicieran, ¿seguirían siendo evangélicos?

La Virgen, en la Biblia, goza de una bendición inalcanzable; y la comprensión correcta de los motivos y esencia de este único privilegio celestial no se logra sino al fijar la vista en su relación con Dios, con el hombre y con la Iglesia.

La relación de la Virgen con Dios

Jesús ha mostrado cuál es el motivo de la bendición de Dios en la Virgen. Cuando una mujer de entre la gente alzó la voz y dijo: «Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron», Jesús respondió: «Dichosos, más bien, los que oyen la palabra de Dios y la guardan.»³ Este fragmento forma parte de la lectura evangélica que la Iglesia Ortodoxa lee en las fiestas de la Virgen; lo que comprueba que ella considera dichas palabras como la expresión más perfecta de su comprensión respecto a la santidad de la Madre de Dios. Es indiscutible que las palabras de Jesús no pretenden rebajar la dignidad de la Virgen, sino que enfatizan su verdadero mérito; el Señor no niega que hay bendición y gracia en la maternidad de su Madre, sino que manifiesta que dicha bendición se atribuye, más

bien, a otra virtud que la Virgen posee en abundancia: «escuchar la palabra de Dios y guardarla.»

Sin lugar a duda, la Virgen María es la Madre de Cristo, el instrumento de la Encarnación y el lazo entre Dios y el género humano. Si bien todos éstos son dones sobrenaturales que la Virgen no había procurado obtener por su ambición humana, sin embargo, ella, por su propio esfuerzo, «escuchó la palabra de Dios y la guardó». En ello consiste la grandeza verdadera de María, y ésta es la base bíblica para su veneración. Bien canta la Iglesia Ortodoxa en la fiesta del nacimiento de la Virgen: «Escucha, hija, mira y pon atento oído...»⁴

No hay más acierto, en el párrafo presente, que ilustrar del Evangelio la figura de la Virgen que escucha y cumple. Así responde al ángel Gabriel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»⁵ Y cuando todavía no podía comprender las palabras de Jesús, «conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón»⁶, lo mismo que hizo cuando los pastores de Belén comunicaron todo lo que Dios les había anunciado⁷.

La relación de la Virgen con el hombre

En la boda de Caná de Galilea, la Madre dijo a su Hijo: «No tienen vino.» Él contestó: «Todavía no ha llegado mi hora.» Pero su Madre dijo a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga.» Y enseñuida, se realizó el famoso milagro⁸.

Este pasaje evangélico es de suma importancia respecto al papel que tuvo la Virgen. Por **un lado**, la Virgen toma el papel de mediadora; y hoy, como en Caná, sigue diciendo al Señor que no tenemos vino, es decir, que estamos en carencia, sea espiritual o material. Es indudable que el Señor lo sabe y que la mediación de la Virgen no consiste en llamar la atención de su Hijo sobre un acontecimiento del que no se ha dado cuenta, ni en defender a los hombres y, mucho menos, en conseguir una aprobación que, en un principio, era difícil. La mediación de la Virgen consiste en unirse a sí misma a la misericordia y la compasión del Salvador.

Y por **otro lado**, notamos que la Virgen dice: «Haced lo que Él os diga.» Ésta es la única instrucción que ella dirigió a los humanos, registrada en la Santa Escritura. Pues hoy, la misión de la Virgen consiste en hacer que nuestros corazones crezcan para recibir la Palabra del Hijo. Así que podemos aplicarle –según se permita aplicar a hombres palabras sobre una Persona Divina– lo que el Señor dijo sobre el Espíritu Santo: «Os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho [...] no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga.»⁹

Trasladémonos ahora en nuestra memoria desde Caná de Galilea hacia el Gólgota, donde se encontraban cerca de la Cruz de Cristo su Madre y su discípulo amado. Al verlos Jesús, «dijo a su Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” Luego dice al

discípulo: “ahí tienes a tu madre.” Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa»¹⁰. Muchos de los Padres de la Iglesia, inspirados por el Espíritu Santo, extendieron el significado de estas palabras considerando al discípulo como el representante de la humanidad salvada, es decir, nosotros somos a quienes nos presenta a su Madre. Si observamos con atención el pasaje bíblico notaremos tres puntos: el discípulo, al cual el Señor encargó a su Madre, fue el amado; pues él, a diferencia de todos los demás apóstoles, estuvo con María parado cerca de la Cruz. Sí, Dios encargó a su Madre a quien no se apartó de Él en las horas oscuras, las horas de su Pasión. Y ahora la madre de Jesús entra con el que permaneció firme en un amor entrañable ya que se encontraron ante la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Luego, al establecerse este entrañable amor, el discípulo recibió a María en su casa: es decir, ella se volvió parte del ser del discípulo, vivían ya juntos y compartían todo. Si contemplamos intensamente lo sucedido, percibiremos los profundos cambios y las urgentes necesidades que tal relación entre madre e hijo exige.

La relación de la Virgen con la Iglesia

En el gran día de Pentecostés, se reunían ciento veinte hermanos; allá en la estancia superior estaban los apóstoles, «todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de

sus hermanos»¹¹; y mientras, descendió el Espíritu Santo. Así que los hermanos que estaban en la estancia superior se transformaron en la Iglesia. Nadie hoy puede ser verdadero miembro de la Iglesia si no siente una relación inquebrantable y comunión espiritual continua con todos los que se han reunido el día de Pentecostés cuando el Espíritu Santo ha descendido. Pues la Iglesia verdadera hoy sigue reunida, como lo ha sido siempre, alrededor de los apóstoles Pedro, Juan, Andrés y los demás, con la Madre de Jesús. Cuando descienda el Espíritu Santo sobre todos, la Virgen no será privada.

La Santa Escritura describe la relación de la Iglesia con la Virgen María relatando que «perseveraban en la oración, con un mismo espíritu». Entonces, no nos engañemos imaginándonos poder estar con la Virgen en la Iglesia si no participamos con ella en la oración «con un mismo espíritu»; porque dicha concordancia significa armonía entre la intención de la Virgen y la nuestra, y aceptación de todo lo que ella acepte; y sabemos que la única intención de la Virgen no es sino someterse a la Divina Voluntad, así que nos reúne con ella la concordancia de nuestra voluntad con la de Dios.

Las consideraciones mencionadas subrayan principalmente el elemento de «la voluntad» en la veneración a María, y acentúa nuestra obediencia al Señor, inspirada en la obediencia de la que dijo ser «sierva de Él.» Tenemos entonces que evitar la figura deformada de la imaginación popular, que da

a la Virgen el papel de «refugio» del pecador que pide la protección de la Madre ante la justicia de su Hijo, el Juez. La Virgen Bendita es nuestra tierna Madre, pero su ternura no es sino la participación en la del Señor que es infinitamente más inmensa; porque en Él, y sólo en Él, se encuentra la absoluta y perfecta Misericordia.

Creemos rotundamente que somos leales al espíritu y a la correcta interpretación del Evangelio, precisamente, cuando nos dirigimos con la bienaventuranza hacia la obediente y humilde Sierva de Dios repitiendo sus propias palabras: «porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava»¹². Y ya que no deseamos retirar nuestra voz del coro de las generaciones cristianas, seguiremos con ellas venerando a la Madre de Dios y realizando lo que había anunciado de antemano en su himno: «Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada.»¹³

¹ Lc 1: 28

² Lc 1: 41-42

³ Lc 11: 27-28

⁴ Sal 45: 10

⁵ Lc 1: 38

⁶ Lc 2: 51

⁷ Lc 2: 19

⁸ Jn 2: 1-11

⁹ Jn 14: 26, 16: 13

¹⁰ Jn 19: 26-27

¹¹ Hch 1: 14

¹² Lc 1: 48

¹³ Lc 1: 48